

UNA APROXIMACIÓN A LA CUENTÍSTICA ESCRITA POR MUJERES PANAMEÑAS: 1931-2018

Enrique Jaramillo Levi

Introducción¹

Visto panorámicamente, en el ámbito literario de Panamá desde mediados del siglo xix hasta el año 2006, la producción cuentística nacional es, sin lugar a dudas, la más significativa, tanto en cantidad (tomando como modelo el concepto de libro o folleto en el que se publica una colección de cuentos) como en calidad. Si bien se publicó poesía en periódicos del istmo desde mucho antes de que Darío Herrera (1870-1914) diera a conocer en Buenos Aires *Horas lejanas* (1903), primer libro de cuentos de un autor panameño, el cuento es el género que más, sostenida e integralmente, ha dominado. En otras palabras, puede defenderse la tesis de que, a lo largo de la acumulación de la bibliografía nacional, durante siglo y medio, hay más y mejores libros de cuentos de autores panameños que libros de poesía (los otros géneros literarios quedan mucho más rezagados).

Y es interesante notar que casi todos los poetas modernistas y postmodernistas de nuestro país cultivaron también el cuento hacia fines del siglo xix y principios del xx: es el caso, además del de Herrera, de Simón Rivas, Hortensio de Icaza, Adolfo García, Guillermo Andreve, Gaspar Octavio Hernández y Ricardo Miró. Por otra parte, un escritor más bien realista de aquella época, quien no fue en realidad poeta, sobresalió casi a la par de Herrera por la calidad de sus cuentos, sólo que no los recogió en libro, dispersos como fueron quedando en periódicos y revistas: Salomón Ponce Aguilera (1868-1945).

Por supuesto, demostrar plenamente la supremacía del cuento sobre la poesía en el ámbito nacional –hablo de libros o plaquetas en ambos géneros, no de cuentos o poemas sueltos–

1 El primer apartado de este texto se recupera del ensayo “Una aproximación a la cuentística escrita por mujeres panameñas: 1931-2006”, escrita por Enrique Jaramillo Levi en la antología *Penélope: Setenta y cinco cuentistas centroamericanas* (comp. Consuelo Meza Márquez).

sería sin duda un fascinante motivo para otro estudio. Un estudio comparativo y estadístico, sin duda, pero fundamentalmente valorativo en términos estrictamente literarios.

Es importante referir que el periodo comprendido entre 1990 y 2006 se destaca por ser el de mayor producción en que se da a conocer –casi simultáneamente– el mayor número de nuevos cuentistas jamás registrado en Panamá. Hay por lo menos 15 otros autores, de muy diferentes edades, quienes tienen diverso grado de calidad literaria en sus textos, y que en ese mismo lapso publican su primer libro de cuentos. Los de mayor edad: Manuelita Alemán (seudónimo Madelag, 1918), con *Rombos* (2005) y Eudoro Silvera (1916), con *Cuentos en primera persona singular* (2004). Se trata de una verdadera eclosión de este género de ficción breve en nuestro país, y no deja de ser significativo que una parte importante de dicha producción se deba al talento de un número de singulares mujeres.

La cuentística escrita por mujeres panameñas: 1931-2006

Hasta donde he podido investigar, los primeros libros de relatos o estampas, que no verdaderos cuentos, escritos en Panamá por mujeres son: *Colección de cuentos morales sobre los Diez Mandamientos* (1924), de Nicolasa Naranjo (1866-1951), y *Flores de mi buerto. 20 cuentos cortos para niños* (1928), de María Magdalena de Ycaza de Briseño (?). Sin embargo, Graciela Rojas Sucre (1904-1992) fue en realidad la primera mujer panameña que publicó un auténtico libro de cuentos literarios; lo hizo en Santiago de Chile, en 1931: *Terruñadas de lo chico*. Para todo efecto práctico, puede afirmarse sin reservas que esta obra inaugura el género. Es una amena y pintoresca colección de cuentos juveniles en los que el protagonista es siempre un niño o un joven. En ellos domina el humor, el detalle, la eficaz ambientación; y en todo momento sentimos una espléndida ejecución anecdótica, así como bien logrados desenlaces. Lamentablemente, el libro nunca ha sido reeditado, y sólo se puede leer en unas pocas bibliotecas locales.

Por razones que sólo podrían especularse, habría que esperar exactamente treinta y un años más para que apareciera el segundo libro de cuentos de una escritora nacional: siendo muy jo-

ven, Moravia Ochoa López (1941) irrumpe en la literatura nacional con *Yesca* en 1962, una obra madura, lírica, fundamentalmente introspectiva y con una bien dosificada carga de denuncia social que caracteriza a la mayor parte de sus cuentos. Han pasado desde entonces cuarenta y cuatro años, en los que publica otros valiosos libros de cuentos y poemarios importantes. Su más reciente aporte a este género es de 2005: una amplia colección de cuentos escogidos de su producción anterior, que también incluye una sección de cuentos inéditos: *Las esferas del viaje*. Es de justicia señalar aquí que la narrativa breve de esta autora habría de sentar la pauta, consciente o inconscientemente, de lo que sería luego la cada vez más abundante y siempre sensible creación cuentística femenina en Panamá. Si bien Rojas Sucre inaugura el género, Ochoa López lo redescubre, y al hacerlo lo reinaugura consolidándolo antes de saber (y saberse) que sus cuentos habrían de resultar precursores de los escritos por otras mujeres talentosas en los cuarenta y cuatro años que median entre la aparición de *Yesca* y el presente (junio de 2006). Con sus cuentos empieza esa singular combinación de imaginación y memoria que se despliega en los numerosos pasajes introspectivos de sus ficciones, se inicia el manejo admirable de una prosa poética funcional y el dominio de un oficio narrativo cuyo motor es, sin duda alguna, la confrontación valiente con la dolorosa experiencia humana. Así, vida y arte intercambian coordenadas en la obra de Ochoa López y terminan haciéndose indiferenciables.

La otra gran cuentista que habría de marcar la narrativa escrita por mujeres panameñas es, sin duda alguna, Bertalicia Peralta. Osada, concisa, ingeniosa y siempre en dominio pleno de los recursos de la narración, sus tres libros de cuentos contribuyen fundamentalmente a que este género continúe enraizándose en Panamá: *Largo in crescendo* (1967), *Barcarola y otras fantasías incorregibles* (1973) y *Puros cuentos* (1988). También poeta importante, nos debe, desde hace 18 años, un nuevo muestrario de su maestría ficcional. Pero ya con estas obras, Peralta demuestra que su pulso es firme y selecto, conciso y a menudo lírico, aunque escoja situaciones abstrusas o a primera vista absurdas, aunque no dude en poner el dedo sobre la llaga cuando es menester.

Otra ruptura significativa, en la entonces todavía parca producción cuentística femenina en nuestro país, se da en 1982 con la

publicación del hasta ahora único libro de cuentos de la también poeta y ensayista Giovanna Benedetti: *La lluvia sobre el fuego*. Se trata de una obra innovadora desde el punto de vista de la técnica, y muy a tono con las vivencias de la mujer en la sociedad patriarcal. Hay una rebeldía a flor de piel en cada texto, una insumisión que marca la pauta en cada historia y determina su desenlace. La visión del mundo de Giovanna Benedetti pone de manifiesto cómo los mecanismos de la introspección, que desde 1962 aporta a la narrativa femenina nacional Moravia Ochoa López en su juvenil *Yesca*, son susceptibles de aflorar como escudo protector y como vuelo poético, más allá de la simple evasión frente a problemas amorosos o de orden doméstico, tanto en la vida misma como en la literatura que la representa.

Hay tres mujeres que a edad madura llegan a la literatura panameña: Rosa María Britton, Isis Tejeira y Beatriz Valdés. Versátil y muy productiva la primera, quien ha publicado diversas novelas, libros de cuentos y de teatro; mucho más parcas las otras dos en el proceso de la creación y en el de publicar; Tejeira es también novelista y Valdés, ensayista. Las tres contribuyen valores literarios y humanos fundamentales a la ficción breve nacional. En este sentido, los libros de cuentos ya mencionados de cada una son, a mi juicio, aportes innegables a la creatividad literaria panameña. Valdés tiene la singularidad de escribir cuentos más bien extensos y de preferir temas míticos e históricos para convertirlos en ficción, combinación que representa una arista poco frecuentada por quienes escriben narrativa breve en Panamá. En Britton, en cambio, se produce en muchas de sus historias una auscultación profunda de la condición humana, de su miseria, desde la óptica de la mujer. Tejeira, por otro lado, explora los conflictos poniendo en manos de la imaginación el desarrollo de los traumas internos de sus personajes femeninos.

Otra escritora que oxigena significativamente la cuentística femenina panameña es Consuelo Tomás. Sus *Cuentos rotos* y su *Inauguración de La fe*, publicados en 1991 y 1995, respectivamente, introducen el sarcasmo, la ironía y el humor, en algunos casos la crítica social y una vena eminentemente popular salpicada de cierta desenfadada y casi fatalista sexualidad. Si como poeta el aporte de Tomás es una autenticidad desencarnada y un sobrio control

de ideas y emociones que denota una suerte de ancestral sabiduría, como cuentista reitera y desarrolla estas cualidades con el indispensable añadido de saber contar historias interesantes y a menudo conmovedoras.

La cuentística de Yolanda J. Hackshaw M., Aída Judith González Castrellón y Érika Harris refresca con su variedad temática y su dominio del oficio las lides de la ficción breve escrita por mujeres panameñas en los últimos años. Las dos primeras han publicado dos libros de cuentos cada una, mientras que la última uno hasta el momento. Las tres entran con pie firme al terreno narrativo buscando contar historias cuya originalidad corre paralela al conocimiento básico necesario en cuanto a cómo mantener de principio a fin el interés del lector por el carácter hondamente humano de sus personajes y por la notable amenidad de los temas planteados y de sus desarrollos. Sorprende, además, la coincidencia que se da en cada una de un dominio claro de la forma, lo cual incluye un manejo preciso del lenguaje. *Corazones en la pared* y *Las trampas de la escritura*, ambos publicados en 2000, de Yolanda J. Hackshaw M., son libros integrados por cuentos singulares por su originalidad imaginativa en lo temático y en lo formal. Lo mismo puede decirse de *Pájaro sin alas y otros cuentos* (1999) y de *Espejismos* (2000), de Aída Judith González Castrellón, así como de *La voz en la mano* (2003), de Érika Harris.

Digna R. Valderrama, con su único libro *Planeta Venus* (2000), demuestra similar desenfado al que despliegan en su momento Bertalicia Peralta y Consuelo Tomás, sobre todo en el tema sexual. Su cuento “Ganas”, dentro de su sencillez anecdótica, incursiona en terrenos generalmente vedados a las mujeres, casi siempre por su propia autocensura; su desenlace escatológico sorprende y, sin embargo, estaba meticulosamente previsto por la autora. Ojalá que Valderrama continúe escribiendo y que pronto podamos conocer un nuevo libro suyo.

En años muy recientes, dos mujeres de edad madura llegan a las letras nacionales con propuestas altamente creativas por el vuelo poético del lenguaje y por su gran fuerza expresiva dentro de una interesante versatilidad temática: Lupita Quirós Athanasiadis con *Si te contara...* (2004); e Isabel Herrera de Taylor con *La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres* (2005). Y sin embargo

tienen estilos muy diferentes, por más que la naturaleza exacta de esa distinción resulte difícil de precisar, a menos que se analizaran y compararan entre sí un número significativo de sus cuentos, que no es el objetivo de estas notas. En ambas, sin embargo, hay una gran sutileza en las implicaciones de los contenidos, ya que dominan el poder de la sugerencia. El concepto que sintetiza el quehacer literario de Quirós Athanasiadis y de Herrera de Taylor podría nombrarse con la palabra “creatividad”.

Es importante destacar la aportación que hacen a la narrativa breve nacional Marisín Reina, Melanie Taylor, Annabel Miguelena y Gloria Melania Rodríguez Molina, las cuentistas panameñas más jóvenes. En este sentido, Reina, Miguelena y Rodríguez Molina, quienes sólo han publicado un libro cada una, escriben una prosa desenvuelta, de gran frescura y variedad de matices. En términos generales puede afirmarse que la prosa de las tres narradoras es amena y que sus respectivos cuentos denotan el necesario control del oficio de narrar en los muy diversos temas que abordan.

Melanie Taylor, en cambio, representa sin duda un caso singular: nace a la literatura panameña como una cuentista de singular madurez, como una narradora de garra, plenamente realizada; sus dos libros –*Tiempos acuáticos* (2000) y *Amables predicciones* (2005)– ponen de manifiesto una impresionante versatilidad formal y la capacidad que tiene la autora de profundizar en el alma humana. El lenguaje finamente irónico o mordaz pero siempre preciso y limpio de todos sus relatos es un elemento fundamental de su estilo, mientras que sus desenlaces sorprenden siempre; sin embargo, uno se da cuenta al releer los cuentos que las semillas de esos finales en realidad han sido plantadas casi desde el principio en las entretelas del sutil entramado, de tal manera que esos desenlaces resultan prácticamente inevitables.

Todavía hay otras cuentistas que publican en la segunda mitad del siglo xx y principios del siglo xxi, quienes llegan a edad madura al ámbito cuentístico de Panamá. Ellas son Sydia Candanedo de Zúñiga (1927), Marisín Villalaz de Arias (1930), Marisín González (1931), Griselda López (1938), Gloria Guardia (1940), Amparo Márquez (seudónimo de Delia Cortés, 1948), y más recientemente, Katia del C. Malo A. (1961) y Francys de Skogsberg (1954). Todas han publicado hasta el momento un solo libro de

cuentos, a excepción de Griselda López, quien es autora de dos pequeñas plaquetas en las que da a conocer un puñado de bien logrados cuentos cortos: “Piel adentro” (1986) y “Sueño recurrente” (1989).

Hay otro grupo de narradoras que han concentrado sus esfuerzos creativos fundamentalmente en un difícil y poco reconocido subgénero: el cuento infantil. Entre éstas es preciso mencionar a quienes han publicado al menos un pequeño libro de relatos: Elidia Wong Miranda (1911), Joaquina Pereira de Padilla (1927), Tilsia Perigault (1930-1990), Marta Jiménez de Stanzola (1931), Isabel María Roldán (1932), Estella Perigault de Malgrat (1932), Hena González de Zachrisson (1933), Berna Calvit (1937), Francisca de Sousa (1938), Irene Guerra de Delgado (?) y Ledabril Moreno (?).

Lamentablemente, la obra de la inmensa mayoría de estas autoras no es conocida por el público lector panameño. Razones sin duda hay muchas, pero predomina la tradicional falta de interés de la comunidad por sus hombres y mujeres de letras. Si a esto sumamos la escasa promoción de los libros, su mala distribución y la renuencia de ciertas librerías locales y puestos de venta a exhibir y esforzarse por realmente vender libros nacionales, así como la carencia de una crítica literaria periódica y profesional, tendremos un buen vistazo del deprimente cuadro contextual en el que está inmersa la literatura del país; sin embargo, los buenos escritores de Panamá continúan creando y los nuevos autores de talento cada vez son más.

Entre las buenas narradoras de ficción breve, que aún no publican su primer libro de cuentos, destacan Victoria Jiménez Vélez (1937) e Indira Moreno (1969), cada quien con un estilo propio y por tanto muy personal de escribir. Sin duda hay otras, algunas de las cuales en los últimos años han publicado cuentos en la revista cultural *Maga*.

Por otra parte, es preciso consignar que las cinco versiones del Diplomado en Creación Literaria que entre 2001 y 2006 se han dictado en la Universidad Tecnológica de Panamá, así como también varios talleres particulares de cuento, han sido responsables de algunos de los logros que en este género ha tenido el país en años recientes. En este sentido, hay nuevos autores, entre los que figuran algunas mujeres, que publican sus primeros cuentos en

volúmenes colectivos; uno de éstos se titula *Soñar despiertos* (2006), y corresponde a trece de los egresados en el Diplomado en Creación Literaria 2004.

Un recuento minucioso de los libros de cuentos publicados en Panamá por hombres y mujeres de muy diversas edades, solamente entre 1990 y 2006, pone de manifiesto el impresionante auge que ha tenido este género en los últimos 16 años. Un auge que, por la calidad de gran parte de dicha producción, vaticina prometedores nuevos logros en la ficción breve nacional. Esta eclosión se da tanto con creadores de épocas anteriores que continuaban aportando buenas obras a la bibliografía nacional como con figuras inéditas hasta entonces.

Pero sin duda, es indispensable fortalecer la otra cara de la moneda: el gusto, precisamente, por la lectura de autores nacionales. Los círculos de lectura y los actos de presentación de nuevos libros que, en hora buena, han proliferado fundamentalmente en la capital panameña en años recientes, sólo han sido, y esperemos que sigan siendo, parte de la solución: una solución de orden motivacional. Lógicamente, el trabajo duro a desarrollar con los lectores debe iniciarse mucho antes: debe empezar en la escuela primaria, seguir en la secundaria y reforzarse en cursos humanísticos en la universidad bajo la tutela de maestros y profesores no sólo capacitados, sino también sensibles a las nuevas propuestas de la literatura contemporánea. Además, los viejos críticos literarios, y sobre todo los nuevos que han surgido en años recientes, deben acompañar al fenómeno de este resurgimiento de las letras nacionales: su misión es estar al día, leer, estudiar, evaluar y reseñar para el público lector la mayor cantidad posible de nuevas y no tan nuevas obras en los diversos géneros literarios. Cabe afirmar que esos críticos existen, la mayor parte de ellos tiene la formación y por tanto los conocimientos necesarios para realizar esa altruista labor de manera profesional y sostenida. No de otra manera se va a lograr en los lectores panameños la preparación y el interés necesarios para que crezca su número y calidad.

Cuentistas panameñas del siglo XXI²

Más de 100 nuevos cuentistas han surgido en Panamá en lo que va del siglo XXI. Parece una invención exagerada, pero una sencilla investigación bibliográfica, así como la existencia de diversas compilaciones y antologías, demuestran la magnitud y características de este singular auge. Un 80% de esos autores ha publicado entre uno y seis libros de ficción breve, mientras que los demás se han dado a conocer por su participación en diversos libros colectivos o por haber publicado en la revista cultural *Maga* (propiedad de la Universidad Tecnológica de Panamá desde 2008, si bien la fundé en 1984).

De ese total, la mitad son mujeres. Sin duda, un fenómeno digno de estudio, tanto colectivo como individual, ya que todos estos nuevos escritores, de diversas edades, profesiones y visiones de mundo, van surgiendo casi al mismo tiempo con una gran libertad creativa y con estilos relativamente diferenciados en un país de apenas cuatro millones de habitantes, en el que la cultura no ocupa un papel significativo, y mucho menos la creación literaria. Y, sin embargo, todos ellos escriben, crean obras breves de ficción narrativa que enriquecen la literatura panameña. Es decir, desarrollan un genuino deseo de ser escritores y, en muchos casos, el talento necesario para lograrlo; lo cual necesariamente implica que con sus obras se imponen al ambiente adverso que, en teoría, debería frenar tales ímpetus.

A mi juicio, no son pocos los libros de cuentos de particular interés, muchos de ellos sobresalientes, publicados en lo que va del siglo XXI por creadores en su momento emergentes, lo cual representa una renovación interesante de la ficción breve en Panamá: *Corazones en la pared* (2000) y *Las trampas de la escritura* (2000), de Yolanda J. Hackshaw M. (1958); *La voz en la mano* (2003) de Erika Harris (1963); *Si te contara* (2004), *No se lo cuentes a nadie* (2007), *El caso del asesino del ascensor y otros cuentos* (2008), *A cuentagotas* (2009), de Lupita Quirós Athanasiadis (1950); *La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres* (2005) y *Esta cotidiana vida* (2007) de Isabel Herrera de Taylor (1944); *Demencia temporal* (2005) y *A sangre tibia* (2011) de

2 Véase Enrique Jaramillo Levi: *Los recién llegados (54 cuentistas inéditos cuentan en Panamá)*, Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013; y *9 nuevos cuentistas panameños*, Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013.

Klenya Morales de Bárcenas (1975); *Lejanos parientes indecentes* (2007) de A. Morales Cruz (1952); *Bajareque* (2007) de Alondra Badano (?).

Asimismo, *Pecados con tu nombre* (2007), *Capítulos finales* (2007) y *Con vista al mar* (2009) de Luigi Lescure (1968); *El rey del truco soy yo* (2009), de Dennis A. Smith (1971); *De la puerta hacia adentro* (2010), de Lucy Cristina Chau (1971); *Destinos circulares* (2010) y *Ad infinitum* (2011), de Lissete E. Lanuza Sáenz (1984). También: *Garabatos* (2011), de Julio Moreira Cabrera (1981); *Segunda persona* (2011), de Isabel Burgos (1970); *La noche de mi espera* (2011), de Maribel Wang González (1981); *El síndrome y otros cuentos* (2011), *Mirada de mar* (2013) y *La tos, la tiza y Tisó* (2013), de Gonzalo Menéndez González (1960); *Amo tus pies mugrientos* (2011), de Annabel Miguelena (1984); *Cuentos de precaristas, indigentes y damnificados* (2004), *Contiendas* (2008) y *Ni cortos ni perezosos* (2012), de Héctor M. Collado (1959).

Y los más recientes: *Abrir las manos* (2013), de Cheri Lewis G. (1974); *El boxeador catequista* (2013), de Pedro Crenes Castro (1972); *Malos agujeros* (2015); *Arcanos mayores* (2015) y *Origen del Nínfa* (2016) de Eduardo Jaspe Lescure (1967); *Almas urbanas* (2015) y *Cuentos elementales* (2017), de Olga de Obaldía (1963); *Pretextos para contarte* (2016), de Danae Brugiati Boussounis (1944); *Caminando en círculos* (2016) y *Desandanzas* (2018), de Nicolle Alzamora Candanedo (1992); *Agujeros negros* (2017), de Ela Urriola (?), entre otros. Y este año, hasta el momento, han aparecido, a mi juicio, dos obras excepcionales: *Augurio* (2018) de Gilza Córdoba (1979) y *Fugacidades en un panal de fuegos* (2018) de Gloriela Carles Lombardo (1977).

Se trata de una verdadera fiesta de la nueva cuentística de Panamá, que es preciso leer y disfrutar. Sin duda, a este auge han contribuido, en parte, los talleres literarios dictados por los escritores Carlos Fong, Carlos O. Wynter Melo y Enrique Jaramillo Levi, así como el Diplomado en Creación Literaria que lleva 16 años de existencia en la Universidad Tecnológica de Panamá, aunque por supuesto también hay talentos naturales que han surgido por cuenta propia.

Por otra parte, es justo y necesario apuntar que hay cuentistas de otras épocas que continúan creando: Ernesto Endara, Justo Arroyo, Pedro Rivera, Moravia Ochoa López, Rosa María Britton, Enrique Jaramillo Levi, Giovanna Benedetti, Claudio de Castro, Consuelo Tomás, Félix Armando Quirós Tejeira, David C. Róbin-

son O., Allen Patiño, Carlos Oriel Wynter Melo, Melanie Taylor Herrera, José Luis Rodríguez Pittí y Roberto Pérez-Franco, entre otros.

II

Tres escritoras que publican por primera vez en años recientes llaman mi atención por la originalidad de sus cuentos: Cheri Lewis G. (1974), Nicolle Alzamora Candanedo (1992) y Gilza Córdoba (1979). Cada una tiene su propio estilo, sus muy particulares inquietudes estéticas y humanas, así como un dominio sobresaliente del lenguaje. Cada quien, a su manera, domina tanto la narración de secuencias interesantes como la descripción de detalles singulares. Lewis G. con un libro publicado hasta el momento: *Abrir las manos* (2013); Alzamora Candanedo: *Caminando en círculos* (2016) y *Desandanzas* (2018), y uno Gilza Córdoba: *Augurio* (2018), representan un buen ejemplo de diversidad creativa y talento femenino en la nueva narrativa de ficción panameña que empieza a redefinir opciones y tendencias en el contexto de nuestras mejores letras.

Además de las características generales que ya se señalaron, estas tres nuevas escritoras tienen en común las siguientes características:

1. Una gran libertad de creación, sin las viejas trabas sociales y psicológicas que frenaron por siglos la escritura de mujeres de gran sensibilidad literaria y humana.
2. El manejo esmerado de un lenguaje perfectamente idóneo y apropiado a las historias narradas.
3. El empleo de técnicas literarias que se usaban poco hace cincuenta años en cuentos y novelas escritas por mujeres que tienden a darle una nueva dimensión a los contenidos de sus textos.
4. El abordaje de temas osados, antes vedados o muy criticados en la literatura escrita por mujeres en Panamá, tanto en sus proyecciones intimistas ligadas a la sexualidad, como en las de orden social, abriendo así nuevos caminos al arte ficcional.
5. La existencia en todas ellas de una bien dosificada densidad, poco común en escritores que se inician.

III

Cheri Lewis G. o la osadía de ahondar en los claroscuros del absurdo y la sexualidad

El absurdo suele tener dos formas de manifestarse en la literatura: cuando ocurre de forma más o menos descomplicada, abierta, como si lo natural fuera que las cosas no pudieran ser de otra manera; o bien, apropiándose, poco a poco o de golpe, de la realidad, desquiciándola, causando cierto grado de inseguridad o de temor, como sucede también en ciertos cuentos de índole fantástica. En algunos de los cuentos de *Abrir las manos* (2013), primer libro de cuentos –12 en total– de Cheri Lewis G., se escenifica sobre todo el primer tipo de absurdo, y en ello hay una gradual fascinación para el lector al percibir cómo lo extraño, lo misterioso e incluso lo anormal pueden llegar a ser parte funcional de los hechos cotidianos. Así, resulta sorprendente cómo en algunos de los cuentos que conforman esta colección, sentimos una creciente sensación de inevitabilidad y, al mismo tiempo, nos inquieta cada nueva sorpresa que la narración nos va deparando. A continuación, comentaré algunos.

Eso ocurre en “Mujer hecha pedazos”, el cuento con el que abre el libro. Partes del cuerpo de una mujer se le caen o se le pierden hasta tornarse costumbre, ésta lo acepta sin mayor problema y lo toma como algo natural, incluso acaba justificándolo, por lo menos en su caso.

En el cuento “Abrir las manos”, que da título al libro, un hogar –madre y dos hijas adultas, una de las cuales es la narradora– gradualmente es invadido por una paulatina multitud de extraños bebés, robotizados aunque humanos, que terminan por llevarse, sin violencia explícita, pero sin alternativa posible, a una de las tres mujeres que integran la familia. Aunque hay tensión en el ambiente, nadie mueve un dedo por evitarlo. Una extraña fuerza subyacente en aquellas criaturas anónimas no admite discusión alguna. El lenguaje en que una de esas mujeres narra los hechos es directo y de una efectiva sencillez sorprendente.

La sexualidad es el otro tema que, con humor sarcástico y desparpajo, es una presencia permanente en varios otros cuentos de esta obra. “Lágrimas” es uno de ellos. A una mujer le gusta coger con

diversos hombres como algo lógico y normal, pero jamás se enamora: cuanto mejor resulta sexualmente la relación, menos afecto siente por la contraparte, lo cual resulta ser todo lo contrario de lo que le pasa a los hombres, quienes quedan emocionalmente prendados de ella siempre.

“La muralla” es como una obra de teatro del absurdo, de moda en el mundo en la década de los sesenta del siglo pasado. Hay una frase en este cuento que podría ser la síntesis de su desarrollo; uno de los personajes, atrapados sin explicación alguna en un estrecho sitio claustrofóbico cerrado por una alta muralla, señala: “Entiende que a veces el miedo de saber dónde está uno es peor que el miedo de sentirse perdido” (35). Lo que hay de fondo es el dilema de decidir si quedar atrapado es peor o mejor que escapar hacia una vida cuyo desenlace se desconoce.

“Salir a flote” plantea cómo a veces lo sobrenatural puede cambiarle la vida a una chica para bien, permitiéndole conocer un mundo mágico, henchido de poesía viva, que en este caso sólo resulta ser temporal: un bote con poderes de movilidad propia insiste en estar una y otra vez cerca de la chica, a quien le permite pasear en él por parajes deslumbrantes que ella no conocía, pero que forman parte de la realidad real. Es un hermoso cuento, al cual contribuyen tanto su relativa sencillez anecdótica como los sentimientos positivos que esta experiencia crea en el personaje.

Otro cuento en que lo absurdo rige la secuencia toda de los hechos es “Cosas que suceden en la fila del Seguro Social”. Mediante una hipérbole bien dosificada, se van retratando situaciones que, a partir de la burocracia de una importante entidad médica estatal, como lo es el Seguro Social, se van confundiendo las rígidas normas de funcionamiento ahí establecidas llevadas a extremos con equívocos de identidad desquiciantes en perjuicio de la salud de los pacientes e incluso de su sanidad mental. Así, cuando el personaje empieza a angustiarse porque parecen confundirla con otra persona, si bien parecen saber cosas de su pasado, en algún momento un médico, ante quien la llevan sujeta dos enfermeros, le dice a esta hija de una paciente para quien busca una medicina en dicha institución, tratándola con la certeza absoluta de que la paciente es ella y no su madre: “En la vida no hay que entenderlo todo. De hecho, nunca seremos capaces de

hacerlo. Si ocurriera así, ¿te imaginas lo aburrido que sería? Conocer siempre las respuestas. No habría sorpresas, no tendríamos emociones. ¿No crees?” (123).

Sintiéndose atrapada en una maraña de equívocos que ponen en peligro su propia seguridad, la protagonista –narradora de la historia– trata de escapar del hospital, sale a la calle, toma un taxi o cree tomarlo... Termina topándose cara a cara con el mismo doctor que la interrogaba, con los enfermeros. La inyectan, pierde el conocimiento, la encierran. Al final, uno se da cuenta de que lleva tiempo encerrada y que sigue sin entender nada.

“Intermitencia de las vicisitudes” es un extenso cuento de ambiente rarificado de sexo y drogas en que una vez más el absurdo sienta sus reales, pero en esta ocasión ocurre de manera grupal en un extraño antro en que se hacen largas filas para ver y tocar a una santa o una maga, una enigmática mujer gorda entrada en años a la que llaman *La Pantera*; una especie de gurú que da consejos indescifrables a partir de ciertos poderes adivinatorios que parece tener.

Poco después, cuando el protagonista se retira en compañía de una chica a quien ha conocido ahí y de la que no llega a saber su nombre, se da entre ellos una intensa escena sexual, y enseguida un fuego se desata a causa de una aparente trifulca en la que las velas que rodean a *La Pantera* caen al piso incendiando el lugar. La descripción del caos en aquel sitio dura varias páginas en las que todo es confusión y desmadre. El protagonista logra salir y se reúne con los amigos con los que inicialmente llega a ese sitio, mientras van arribando la policía y los bomberos. La capacidad narrativa de Cheri Lewis en ningún momento de este extenso cuento decae, porque las secuencias van creando a cada momento nuevos significados enigmáticos.

Finalmente, reseño de forma breve el cuento “Sangría”, otra narración en primera persona de una niña que vive con sus padres y hermana en una casa acomodada, a quienes se les prohíbe cruzar a otra casita alojada en el patio. Cuando esta norma se rompe, el ser espectral que entra en contacto con ella habrá de retrotraernos a aquellos cuentos góticos de otras épocas en que se nos tornaban espeluznantes por la crudeza inesperada desatada por la violencia y la sangre.

Sin duda un primer libro de una enorme fuerza narrativa en que resulta imposible separar los hechos reales de aquellos otros de elaboración ficcional, ya que el estilo cautivante de la autora no distingue entre el absurdo, lo fantástico y lo cotidiano. En realidad, Cheri Lewis no es una de las grandes promesas de la nueva cuentística panameña femenina: la pujante certeza de sus aciertos literarios nos la hacen parecer como una veterana escritora, altamente fogueda en las lides de la escritura, digna de estudios múltiples y merecida promoción.

IV

De los círculos caminados a las desandanzas: los cuentos de Nicolle Alzamora Candanedo

La escritura no sólo implica la expresión esquemática de ideas y la articulación de sentimientos mediante el uso de un lenguaje eficaz, sino la capacidad de profundizar en esas ideas y en esos sentimientos de tal forma que el lector pueda comprenderlos e, idealmente, compartirlos con el autor. Por tanto, los razonamientos y las intuiciones planteadas deben ser convincentes.

Si bien, cuando se trata de una escritura más compleja, como la que se da en un texto literario —poema, cuento, novela—, a menudo el autor escribe precisamente para tratar de comprender mejor su caos interior o el del mundo externo (a veces incluso a manera de terapia), lo cierto es que el arte de escribir bien implica esa necesidad previa de entender al menos exactamente qué es lo que no se entiende, vélgase la paradoja. Paradoja en realidad sólo aparente, puesto que el solo hecho de saber plantear los elementos de lo indescifrado, lo enigmático, lo misterioso, lo contradictorio o lo absurdo de la vida, ya es una forma de empezar a descifrarla.

El cuento desafía enigmas y, profundizando en sus certezas y misterios, los escenifica. Y es la mezcla armónica de trama, ambiente y personajes puestos de relieve en justa proporción de acuerdo a lo que se desea destacar en una historia, lo que hace al cuento ser la pieza artística que puede llegar a ser, convirtiéndose en un texto memorable. Su condición de ser una obra de ficción no le quita un

ápice de realidad una vez que ésta resulte de una adecuada combinación de pasión literaria, verosimilitud y oficio escritural.

Dentro de este marco de ideas, tengo el honor de presentar el primer libro de cuentos de una joven escritora nueva: *Caminando en círculos*, de Nicolle Alzamora Candanedo (1992), publicado en Panamá por Foro/taller Sagitario Ediciones en 2016. Con breve pero acucioso prólogo de la escritora venezolana Carolina Fonseca, una de las editoras del libro, esta colección de 18 cuentos abre para su autora un promisorio camino en las letras nacionales si persevera. Doy constancia de que ella ha seguido perseverando mediante la escritura y discusión de cuentos nuevos en recientes talleres de cuento avanzado. Sigue creando en forma exigente sin dormirse en esos laureles que aún no sabe si merecerá de parte de un público lector que apenas ahora se topará con lo que ofrecen sus cuentos. En todo caso, buscando la mayor objetividad posible –lo cual, como se sabe, no siempre resulta posible– doy fe de mis propias impresiones.

Si escribir es una suerte de auscultación personal o colectiva; una manera de urgar en las entretelas de diversos aspectos de la realidad buscando la luz en medio de la oscuridad; a menudo una suerte de inmersión en la incertidumbre desde la incertidumbre misma, Nicolle sale no sólo airosa, sino robustecida en su evidente necesidad, para bien o para mal, de entender mejor la vida escribiendo acerca de ella. Porque su escritura no se queda en los avatares del viaje de búsqueda, sino que arriba a variadas estaciones de la certeza, pero también del extrañamiento. Dividido el libro en dos secciones –“Caminando en círculos”, con 10 cuentos; y “Otros senderos”, con 8– nuestra autora logra dejar en mi ánimo la seguridad y la alegría de que ha nacido una cuentista que sabe muy bien lo que hace y hace bien lo que sabe: escribir bien. Veamos un poco por qué...

Algunos de sus personajes son seres humanos comunes y corrientes, en quienes la rutina es una forma más de ir pasando la vida, a veces con esperanzas y ganas de salir adelante, otras como autómatas, casi como sombras. Tienden a ser conformistas, más bien grises, con una cierta chatura que sin remedio se repite, pero también a veces con una punzante dignidad que asombra pese a todo, que los hace admirables, pero cuando lo son la vida no suele

sonreírles, y eso nos conmueve, nos perturba, acaso porque nos prefigura la posibilidad de que, en nuestra propia vida, a pesar de los esfuerzos y la esperanza, nos vaya igual de gris; o francamente, igual de mal.

“Revelaciones”, primer cuento del libro, es una historia bellísima y tristísima, porque los seres humanos buenos merecen mejor suerte. Dos hermanas: una de ellas síquica, anticipa lo que ha de ocurrir, predice en sueños y luego de muerta insiste en la desgracia de su hermana, un ser humano bueno, elemental, que lucha por seguir adelante estafada por la vida. Y eso nos conmueve porque es injusto, porque no debe ser. Pero es.

Hay un cuento –“Cacería”– en el que una voz que narra en segunda persona va llevando por una suerte de laberinto a un personaje que en su vida ha hecho mal a otros, y esa voz bien podría ser la de la Muerte misma que lo acompaña por las estaciones previas al descenso final de los infiernos como una manera cruel, aunque justa, de irlo torturando en el camino. Este paseo por el horror no permite redención alguna, aquí no hay ya una segunda oportunidad.

Hay también historias bellas en este primer libro, que supuran ternura y amor y esperanza. Por ejemplo, “Generación espontánea”. Un bibliotecario viejo y diabético, enamorado de su trabajo, entra en una relación mágica con los libros que en sus ratos de ocio lee en la biblioteca donde labora y después en un parque. Va descubriendo que la vida y lo que dicen los libros no son entes divorciados uno del otro, que las historias humanas pueden llenar páginas sin fin en los libros y replicarse con la realidad por dos razones: porque estas historias vienen de la vida real y al ser escritas y luego leídas por alguien siguen viviendo fuera del texto; o porque a partir de la escritura permiten gestarse otras vidas que se inscriben en el gran libro de la realidad real. Y este personaje tiene la suerte –la felicidad– de poder presenciar cómo se realiza, frente a sus ojos, la magia de estos procesos. Por extensión –para colmo de bienes–, también nosotros lo presenciamos, privilegiados lectores de este hermoso cuento escrito por Alzamora Candanedo.

“Aprisionada”, excelente cuento breve que inicia la segunda sección del libro, sugiere una transferencia de planos entre lo real,

rutinario y aburrido, y la realidad fantástica que resulta ser peor que la anterior, ya que implica pérdida de toda libertad al quedar atrapado el personaje en una dimensión sobrenatural de la cual no hay escapatoria posible.

Los conflictos en el seno de una familia se ponen de manifiesto en “Abanico de colores”, acaso una de las historias más conmovedoras del libro por sus implicaciones. En este cuento, la sutileza campea a la par de las acertadas descripciones externas, y eso hace que la destreza narrativa de la autora brille. Hay todo un mundo de relaciones encerrado entre estas pocas páginas, que fluyen como en un video puntualmente cartografiado.

Cada lector vive a su modo las historias que lee, y sin duda tiene sus favoritas. Una de las mías en *Caminado en círculos* es “Aterrizaje”. Casi todo ocurre dentro de un avión, aunque es por dentro de la protagonista en donde sucede lo principal, porque es ahí donde se despliega la reflexión, la toma de conciencia, la tristeza de esta mujer cuyo trabajo es pura rutina y cuyo novio es un ser anodino con quien no hay ya empatía alguna. Se trata, pues, de un tránsito interior con el pretexto de uno externo. Excelentes descripciones, diestro manejo del uso de la primera persona gramatical y de su interaccionar consigo misma y con la pasajera de al lado que está muerta de miedo y a quien no conoce, pero compadece, hasta que toma conciencia de su propia desolación.

Otro cuento sobresaliente es el que cierra el libro: “En la carrera”. Un taxista lleva en una de sus carreras a un pasajero que se apura en llegar a un hospital porque su mujer está dando a luz. De clases sociales distintas, se llegan a identificar en algo que sólo puede llamarse “el factor humano”. Conversan, se cuentan asuntos personales, llegan a estimarse en poco tiempo. Lo que se dicen y la empatía que resulta son del todo convincentes. El mundo tiene, entonces, asomos de salvación.

Nicolle Alzamora Candanedo ha dado un primer paso esencial dentro del difícil mundo de la literatura al decidirse a publicar este libro. No me cabe la menor duda de que seguirá ampliando sus horizontes con perseverancia y disciplina. No sólo porque así ha sido su trayectoria en los varios talleres de cuento que tomó conmigo, sino, y sobre todo, porque ella tiene todo el potencial para hacerlo.

IV

Desandanzas (2018) —obra ganadora de la sexta versión del Premio Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá—, publicada por la Editorial Tecnológica de dicha institución, es el segundo libro de cuentos de Nicolle Alzamora Candanedo. Su libro anterior, integrado por 18 cuentos, *Caminando en círculos* (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2016), fue merecedor de positivos comentarios de parte de los entendidos. Tanto aquel primero libro como esta nueva colección de 14 cuentos ponen de manifiesto la innata capacidad fabuladora de la joven autora, su gusto por historias profundamente humanas y un manejo apropiado del lenguaje y de las técnicas narrativas más adecuadas a las diversas situaciones planteadas. A sus 26 años, no es poca cosa.

El jurado calificador del certamen (integrado por los escritores Yolanda Hackshaw, Félix Armando Quirós Tejeira y Griselda López), que permite que la UTP publique este libro, dice acerca de éste lo siguiente: “Se distingue por una buena representación de los ambientes y caracterización de los personajes. Tiene dominio en el planteamiento de los conflictos que viven sus entes literarios y sabe darle verosimilitud a los remates. Son cuentos con calidad onírica y dimensión espiritual” (Página). Escuetto como es este fallo, acierta en señalar algunas de las principales virtudes de los cuentos.

Lo primero es destacar que, sin duda, hay caminos que se andan porque sus rutas ya están trazadas o porque voluntariamente, o por razones del azar, las vamos construyendo sobre la marcha de cierta manera y en determinada dirección. Pero puede ocurrir, asimismo, que por voluntad propia o por cosas del destino en algún momento de la vida nos sintamos inclinados a “desandar” lo vivido, lo cual implica, o bien un claro recorrido inverso, a contracorriente a veces de todo lo actuado, o una especie de fatalidad que en lugar de permitirnos avanzar nos asedia en cierto momento devolviéndonos a sitios y circunstancias que no necesariamente son los mejores. Sin embargo, bien sabemos que, aunque asumamos determinados retrocesos, ciertas vueltas atrás, en el fondo no se puede desvivir lo vivido, ya que lo hecho hecho está, para bien o para mal.

Dicho esto, es necesario precisar que Nicolle Alzamora Candanedo explora varias de estas posibilidades en este nuevo

libro suyo que me honro en prologar; y nos demuestra, en el proceso, no sólo su familiaridad con una escritura creativa que poco a poco ha logrado dominar poniéndola al servicio de sus historias, sino que, si bien la buena literatura se gesta en los avatares de la vida —qué duda cabe—, debe ir más allá de simplemente reproducirla miméticamente como si le tomara una foto. Hay que crear y recrear. Saber hacer gala de contención y pulimiento constante. Para ello, entre otras cosas, es preciso elegir un lenguaje apropiado y un punto de vista desde el cual enfocar la realidad; construir personajes, ambientes y tramas verosímiles, por más que por sus grietas se cuele a veces el absurdo, lo onírico o la fantasía más hiperbólica. En pocas palabras, hay que saber escribir.

Veamos ahora algunos aspectos específicos que sobresalen en varios textos de este conjunto de 14 ficciones laureadas en la sexta versión del Premio Diplomado en Creación Literaria de la UTP, estímulo permanente a la creatividad escritural de algunos de los más talentosos de sus numerosos egresados.

En no pocos de estos cuentos predomina la introspección, una vehemente necesidad de los personajes de ir examinando sus logros e insatisfacciones —sobre todo éstas— a la luz de experiencias recientes que se viven como un flujo de momentos que, o bien exacerban la conciencia, la afilan a través de la observación profunda y la interiorización de las percepciones nuevas que se van teniendo, o retrotrayéndose al pasado con sus muchos matices vivenciales determinantes de lo que se es hoy. Es decir, la reflexión se mezcla con la descripción minuciosa de lo observado y la narración de lo que se vive. En este libro, acaso sea esta manera de ser de las historias el rasgo dominante, al grado de caracterizar casi un estilo de escribir. Tres cuentos del libro (“En silencio”, “Desandanzas” e “Infinito”) representan ejemplos perfectos de esta característica, la cual es al mismo tiempo de tipo formal pero también de contenido. Y es así porque Nicolle, que domina tanto el pensamiento racional como la puesta en escena de sus más hondas intuiciones y percepciones de una realidad que suele entristecer o rebasar a sus personajes, sabe alternar y fundir las vivencias actuales con los recuerdos; y para colmo de bienes, a menudo logra reflexionar y narrar casi a un mismo tiempo, lo cual llama poderosamente la atención e incrementa el valor de sus historias.

Varios cuentos abordan la relación marital, con sus altas y bajas, el insobornable paso del tiempo, el envejecimiento sin remedio y el desamor. También hay historias de pérdidas que inevitablemente nos conmueven porque la empatía y la solidaridad emocional son cualidades humanas que desplegamos ante narraciones bien escritas, ya sea que se trate de la pérdida física o emocional del propio ser (“Infinito”), o de la de un hijo recién nacido (“Efímero”).

Aunque predominan las mujeres protagonistas, también hay cuentos en los que la realidad se enfoca desde la óptica masculina; es el caso de “El caballo”, una historia que interpreta la forma en que un artista llevado por su afán de lograr la perfección al ir creando con sus manos de escultor empírico una enorme figura equina que le late en el alma por nacer, es capaz de descuidar las cosas materiales, incluido el hogar, en aras de lograr ese ideal. Y de “Onírica”, en donde los sueños nocturnos se organizan de tal manera que son una réplica dislocada, pero nada absurda de la búsqueda cotidiana, no siempre consciente o explícita, de la añorada mujer ideal.

Por otra parte, si en “La autopista” estamos en presencia de una historia de calculada violencia y saña que viene de un profundo resentimiento social, en “Sobran las palabras” hay una habilidosa mezcla de erotismo y metaficción que, pudiendo haberse salido de cauce, la autora supo regular de forma creíble accediendo a un fraseo poético efectivo.

Finalmente, hay dos cuentos en *Desandanzas*, los más extensos del libro, que a mi juicio son también los más sobresalientes: “En las redes”, que aborda el tema del peligro que entrañan las redes sociales, y “En la oscuridad”, cuyo asunto central es el *shock* de una familia al saber una noticia inesperada que uno de sus miembros revela durante una cena tras un buen tiempo de no verse. Ambos textos ponen de manifiesto, con gran sensibilidad y logro narrativo —así como en distintos contextos y modos de representación—, la vulnerabilidad del ser humano; cómo pueden llegar a distorsionarse algunas de sus obsesiones hasta desembocar en el fanatismo e incluso en la agresividad; los efectos negativos de los juicios y prejuicios a ultranza. Temas complejos, muy bien

manejados. Sin duda un libro interesante y una nueva y talentosa escritora a la que hay que leer.³

V

El caso de Gilza Córdoba (ciudad de Panamá, 1979), quien ahora publica su primer libro titulado *Augurio* —igual que el cuento homónimo con el que abre el libro—, resulta bastante inusitado. Hace poco menos de cinco meses llega a mi taller de cuento avanzado como una incipiente escritora completamente inédita (sólo había publicado artículos de opinión en periódicos locales), sin haber pasado antes por taller alguno. Carente de trayectoria literaria, la acepto en el grupo por la buena impresión que me causaron un par de cuentos que me hizo llegar, con algunas imperfecciones formales, pero en donde resultaba clarísima una amplia cultura asociada a sus lecturas, además de su facilidad para la articulación narrativa y su empeño en contar de forma convincente historias de singular interés.

Todo lo cual habría de irse confirmando con creces a medida que avanzaba creando ficciones semanales para el taller, las cuales se discutían a fondo junto con el material de los otros talleristas con un saldo siempre positivo debido a su asombrosa facilidad natural para la escritura. Al grado de poder reunir en poco tiempo un total de 20 cuentos (anteriores y nuevos) para conformar este primer libro. Lo prologo, convencido de su valía estética y humana (la del libro y la de la autora), y a sabiendas de sus grandes posibilidades literarias a futuro.

Uno de los meritos que a mi juicio tienen estos cuentos de Gilza es su asombrosa variedad temática y formal. Resulta evidente que, más que preocuparse de buscarle un solo registro a su creatividad tratando de establecer un estilo propio reconocible, en esta primera muestra lo que le interesa más es narrar de forma amena situaciones muy diversas cuya verosimilitud se logra mediante el uso de un lenguaje esmeradamente selecto, así como por su mane-

3 Para conocer la opinión de Alzamora Candanedo sobre diversos temas de interés, véase dos entrevistas publicadas en 2017: entrevista de María del Pilar Méndez, en *La Estrella de Panamá*, 1 de agosto de 2017; y *El mejor primer paso para escribir es siempre leer*, entrevista que le hice a Nicolle en el no. 81 de *Maga revista panameña de cultura*, UTP, Panamá, julio-diciembre de 2017.

ra de destacar la conducta singular de algunos de sus personajes. La versatilidad de la autora es, pues, manifiesta.

Por otra parte, suele ser común en los nuevos escritores el plasmar sus propias experiencias en las primeras narraciones, y nada malo ven en ello, pese a que eso podría implicar menos creatividad en cuanto a aprender a soltar la imaginación; también ocurre a veces lo contrario: que ante tal tendencia innata se desate en algún momento un cierto temor a parecer demasiado reconocible en su intimidad para quienes los conocen y en esa medida los puedan criticar o juzgar por determinados hechos o andanzas reales que de pronto salen a la luz en algún texto. Otras veces, en cambio, puede ocurrir que el autor que empieza a escribir sea tan bueno que no se noten sus raptos autobiográficos o no importen en lo absoluto frente al fulgor literario desplegado.

Los cuentos de Gilza son tan variados e imaginativos y están tan bien narrados, que lo que resulta es una gran fluidez relativística en el manejo de la intrahistoria de los personajes, de tal manera que se nos hace sentir y pensar como lectores más allá de la simple realidad cotidiana. Además, es sabido que la buena literatura no pocas veces encubre otra historia detrás de la principal que a primera vista se nos narra, o bien, hay una especie de subtexto que late tras bastidores, que el lector sensible debe prefigurar y eventualmente descubrir. Una cosa u otra sucede en varios de los cuentos de este primer libro maravilloso.

En otras ficciones del libro, los matices de los ambientes descritos y la resolución sorprendente de concentradas tramas muy bien llevadas hasta sus respectivos desenlaces, son también logros notables del quehacer narrativo. Se trata, en última instancia, de auténticos merecimientos literarios que suelen tomarle mucho más tiempo dominar a creadores que, como ella, recién se inician en el difícil y a menudo enigmático oficio de escribir. No hay otro nombre para estos logros que la palabra talento.

Entrando ya un poco en los cuentos mismos del libro, quiero destacar que “Hogar” es, a mi juicio, un minicuento perfecto por su gran concentración anecdótica ahíta de acumulada violencia y por la hondura de sus implicaciones. En este sentido, literariamente hablando, lo bueno cuando breve, dos veces bueno. Por otra parte, “Rapsodia” contiene la esencia de una pa-

sión sexual arrebatadora hacia un artista recordada por la protagonista al conversar con una amiga, en cuyo abismo se pierde el control causando consecuencias funestas, si bien la necesidad de escapar a tiempo de su vórtice atroz termina volviéndose una obsesión tan fuerte como su involucramiento en su largo rapto anterior.

Asimismo, “Augurio”, a mi entender uno de los mejores cuentos del libro, retoma en alguna medida los ambientes y espectrales inquietudes de los relatos góticos, pero en particular nos recuerda ciertas piezas maestras de Edgar Allan Poe (1809-1849) —padre del cuento moderno—, sobre todo a partir de la figura ominosa de un cuervo siempre al acecho que habrá de constituirse en verdadera paranoia para el personaje de esa historia. Además, es pertinente señalar que, como una suerte de *leitmotiv*, hay más de un cuervo en el libro, ya que en varios otros cuentos aparece alguna alusión a la presencia, grata o amenazante, de esta ave, o simplemente a su fugaz recuerdo.

“La feligresía” es otro cuento notable: decanta con singular acierto el ambiente fanatizado que ocurre al interior de ciertas sectas religiosas oportunistas, explotadoras de la credulidad humana bien arraigada, a costa de necesidades corporales, emocionales y psicológicas de numerosas personas inseguras y confiadas, incapaces de valerse por sí mismas ante la adversidad, e incluso frente a la manipulación de debilidades que a menudo en realidad no existen, sino que son sembradas por inescrupulosos predicadores que de una forma u otra los explotan con el descaro y las equívocas mañas de un auténtico depredador.

Otros cuentos particularmente dignos de encomio, a mi juicio, porque aportan ingeniosas aristas a la ficción breve nacional son, entre otros: “El Odisseus”, “En los parques”, “El último acto”, “Las tetas de Simóné” y “Cuaderno de numerología”. En ellos predomina un refinado arte de narrar en forma amena, pausada a veces, pero otras de modo trepidante. La autora es profunda en sugerencias y enfoques, a condición de saberla leer, pues su prosa elaborada a ratos se torna densa, lo cual en ella es una virtud y nunca un defecto. Sorprende su versatilidad, ya que tanto temáticamente como en sus poco ostentosas técnicas narrativas nunca

se repite. Asimismo, aunque esta primera colección de cuentos aún no marca un estilo, sin duda cada historia implica una velada o abierta visión de mundo.

En esta singular cuentista, el sustento principal, como ya se ha dicho, son sus muchas y variadas lecturas desde muy joven; pero también, ¿cómo negarlo?, la satisfacción que confiesa sentir cuando su gusto por darle un sentido articulado al lenguaje la lleva por sugestivos senderos fascinantes que va palpando y degustando sobre la marcha en un afán por concretar maneras de ser y de estar en el mundo de sus situaciones y personajes, a menudo precedidos de sus muy particulares obsesiones y de una vívida ambientación singular.

Pensando el título de este libro desde otro punto de vista, se me ocurre que, al igual que pueden existir malos y buenos *augurios* tanto en la ficción como en la vida, el bien logrado conjunto de los cuentos que aquí nos ofrece la autora, le augura a Gilza, siempre y cuando persevere, una sólida permanencia autoral en la literatura de Panamá, la cual ha venido forjándose airesamente en años recientes a través de una nueva generación de relevo, en la que sin duda destaca un número importante de sensibles mujeres.

En resumen, la aparición de esta escritora en el cada vez más amplio y heterogéneo panorama de las letras nacionales, y sobre todo entre la pléyade de nuevas narradoras, es un gratísimo descubrimiento por su caudal de matices y certezas en permanente ebullición, en los que lo humano y lo estético se complementan al fundirse en un solo haz de figuraciones y prefiguraciones atinentes a algunos de los más significativos claroscuros de la condición humana. No otra cosa es la buena literatura.

No me cabe la menor duda de que la titilante creatividad e inquietudes de Gilza Córdoba seguirán dando exquisitos frutos literarios en futuras obras de acrisolada ficción narrativa.

VI

Gloriela Carles Lombardo y sus fugacidades muy bien aterrizadas

El auge que está teniendo en años recientes la aparición de nuevos autores de ficción breve en Panamá, el de la escritura de minificciones en particular, y dentro de esta modalidad o corriente, la producción creada por cada vez más mujeres, antes desconocidas, de incuestionable talento, es un fenómeno sociocultural que no puede ni debe pasarse por alto. Por supuesto, lo señalo una vez más en el más positivo de los sentidos.

Hoy me toca el honor de prologar y ser el editor del primer libro de una nueva escritora panameña, quien a la par que concibe textos narrativos muy breves lo hace con minipoemas que más que simplemente acompañar sus pequeñas ficciones, de alguna curiosa manera las alimentan y, tal vez, explican. Lo digo en sentido figurado, ya que la buena literatura no requiere ser explicada sino sentida, si acaso interpretada: debe, en todo caso, poner al lector en jaque: sorprenderlo, sacudirlo, transformarlo y, con suerte –y talento, claro–, transfigurarlo. De otra forma no tiene sentido dedicarle tiempo y esfuerzo a la creación literaria, al cuidado conceptual y formal de cada milímetro de un texto naciente; de esos que viniendo del limbo de la no existencia formal previa, al ser creados –al dársele una forma significativa– pugnan por palpitar. Todo lo cual sucede, sin duda alguna, con *Fugacidades en un panal de fuegos*, primer libro de Gloriela Carles Lombardo (1977).

Egresada del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, versión 2015, Gloriela posee una Maestría en Psicología Clínica por la Universidad de Panamá y ha realizado estudios de posgrado en Docencia Superior en la Universidad Latina de Panamá. Además, es coach ontológico y Educadora Experiencial en Metatraining (enseñanza a través de metáforas), sin duda estudios estos muy poco comunes en nuestro medio tradicionalista. Además, ahora lo comprobamos, es una fina creadora de mundos en miniatura que a menudo sólo en apariencia lo son, puesto que la imaginación de cada quien, si además el lector es un ser sensible, puede ser capaz de convertir lo narrado

o planteado en algunas de sus mejores creaciones, en auténticas megasituaciones densamente conflictivas debido a la naturaleza misma de su esencia; o en la inverosímil posibilidad de descifrar el mismísimo infinito. Lo aparentemente diminuto dotado, pues, de absoluta expansividad, tanto hacia dentro de sí mismo como hacia fuera. Todo sin renunciar ni por un momento al difícil abordaje de la problemática humana y, por extensión, social, cuya presencia en el texto es siempre parte de su entramado sutil, de manera evidente a veces y, otras, encriptada.

Su manejo de la metáfora como instrumento cognoscitivo o como factor de obligada expansión posterior a la lectura, tanto de lo más trivial como de lo intrínsecamente complejo, es asombroso, aunque a veces cueste un poco entenderlo. Esta característica de la escritura de Gloriela, que implica en ella conocimiento, imaginación e ingenio inusuales, y que en este libro es aplicable también a sus brevísimos poemas, es muy poco frecuente en la literatura de Panamá. Lo cual significa que está explorando un nicho –un modo de escribir– raramente frecuentado.

En este sentido, mucho tiene de surrealista su prosa, de asociación de ideas al modo de la escritura automática, de hibridación en movimiento perpetuo, de quiebre radical con lo establecido. De actitud rompedora. Para ello, el uso de la ironía, el sarcasmo, el absurdo, la hipérbole de prosapia antigua, y a ratos incluso la implícita y sin embargo vibrante denuncia, son instrumentos de semántica precisión casi quirúrgica. En algunos textos campean, sin mucho eufemismo, traumas, fobias, rabias a punto de estallar convertidas en ficciones encomiables, sorprendentes... Y como todo empeño renovador en el arte, esta forma oblicua de escribir abre nuevos caminos.

Visto así, afirmo que para un lector tradicional, acostumbrado a normas fijas para entender y decodificar la secuencia esperada en el desarrollo breve o extenso de una historia, estas ficciones ni remotamente son “pan comido” al momento de entrar en el meollo de lo que dicen o sugieren. Tan es así que el poético título del libro, *Fugacidades en un panal de fuegos*, es ya una primera señal del estilo poco ortodoxo que tiene esta nueva escritora; difícilmente podría decirse que alguna de las tres principales palabras que lo integran deba tomarse de forma literal.

Aunque quién sabe. Porque si bien lo fugaz y el fuego son casi que conceptos opuestos, conviven no obstante en la nutricia riqueza de un panal. Asimismo, tanto las minificciones de este libro como los minipoemas, que alternadamente lo conforman, tienden a ser textos híbridos –multidimensionales, poliédricos, magma incandescente– altamente sugerentes pese a su brevedad extrema, o quizá por ello mismo.

Foro/taller Sagitario Ediciones, fundada en 2013 junto con la escritora venezolana Carolina Fonseca, cinco años más tarde se enorgullece de haber presentado cada tanto tiempo primeros libros de autores que, desde sus inicios, auguraban la probabilidad –perseverancia y autocrítica permanentes de por medio– de una obra futura significativa (como en todo en la vida, unos dan la talla tiempo después, otros no tanto y se quedan en el camino).

Gloriela Carles Lombardo pertenece a la estirpe de creadores literarios que, decidida y apasionadamente, habrán de continuar superándose en el mundo de las letras, destinada sin remedio a sobresalir.

VII

Memoria que guarda un contenido vital profundo en los cuentos de Eyra Harbar

¿Cómo negar que el cuento breve es un género fascinante cuando en él coinciden ingenio, imaginación, experiencia, un lenguaje funcional o exquisito y el trasfondo de una historia ceñida y vivaz susceptible de cautivarnos? Visto así, la escritura creativa renueva el espíritu y afina la sensibilidad tanto de quien la plasma como de quien la lee, y la ficción literaria es una de sus manifestaciones más idóneas.

El cuento siempre ha sido en Panamá un género literario abundante y afortunado. Desde el primer libro de cuentos escrito por un autor panameño, *Horas lejanas* (Buenos Aires, Argentina, 1903), los hacedores de ficciones breves han ocupado un sitio relevante en el desarrollo de nuestras mejores letras.

En ese contexto, a partir de Graciela Rojas Sucre con su libro *Terruñadas de lo chico* (1931), las escritoras panameñas han ido

creciendo en calidad y cantidad hasta desembocar en el actual auge de cuentistas mujeres. Desde Moravia Ochoa López y Bertalicia Peralta, pasando por Griselda López, Rosa María Britton, Consuelo Tomás Fitzgerald, Beatriz Valdés y Giovanna Benedetti, hasta llegar a Melanie Taylor Herrera, Lupita Quirós Athanasiadis e Isabel Herrera de Taylor, entre otras. Y ya en el siglo XXI, la eclosión del cuento escrito por mujeres panameñas se hace evidente: más de 50 creadoras de ficción breve se dan a conocer.

Eyra Harbar (Almirante, Bocas del Toro, 1972), con *No está de más* (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2018), su primer libro de ficciones, viene a sumarse a un número importante de escritoras de cuentos que en años recientes han enriquecido la narrativa breve en Panamá. De diversas edades y profesiones, me refiero a narradoras como Danae Brugiati Boussounis, Lissete E. Lanuza Sáenz, Maritza López-Lasso, Isabel Burgos, Enithzabel Castellón Calvo, Ana Lucía Herrera, Lucy Cristina Chay, Klenya Morales de Bárcenas, Annabel Miguelena, Shantal Murillo, Maribel Wang González, Olga de Obaldía, Ela Urriola, María Laura de Piano, Cheri Lewis G., Nicolle Alzamora Candanedo, entre otras; además de las muy recientes: Gilza Córdoba y Gloriela Carles Lombardo. Con propuestas y estilos claramente diferenciados, cada una nos ofrece una visión del mundo muy personal y humanamente estimulante. Se trata de autoras emergentes que en poco tiempo ya ocupan un sitio relevante en la bibliografía literaria nacional, si bien su estudio y difusión deja todavía mucho que desear.

Aunque la mayor parte de los lectores se aficionan sólo para entretenerse y prefieren por lo general la presencia de un anecdotario que presuma de una gran claridad descriptiva y de personajes creíbles, hay escritores que prefieren indagar en los vericuetos del lenguaje extrayéndole sus esencias para darle una mayor densidad conceptual y semántica a sus historias, agregándoles así una dimensión entre telúrica y metafísica que suele estar construida mediante una prosa poética rica en imágenes y extrapolaciones. Si bien fondo y forma deben funcionar y apreciarse juntas en cualquier obra de arte que se respete, no deja de ser gratificante descubrir ejemplos de talento singular en los aspectos formales de la creación escritural. Una cierta sofisticación literaria suele ser señal de una muy particular sensibilidad humana. Es el caso de esta talentosa autora.

Así de larga y compleja como es la primera frase del primer párrafo de esta tercera sección del presente prólogo, son no pocas de las que emplea en su primer libro de ficciones la connotada poeta nacional Eyra Harbar para armar la mayoría de sus muy breves cuentos —de hecho, minicuentos casi todos—; y para, sin dejar de relatar historias de una gran profundidad conceptual, no abandonar su enamoramiento con esa poesía subyacente que sustenta la mayor parte de su obra anterior conocida hasta el momento. “Testimonio en la ceniza” es un buen ejemplo de lo anterior:

Quando una nube, a veces clara y brillante, a veces oscura y moteada, emergió por la boca del cráter y fue tomando mayor altura, adoptó la forma de un pino de ramas abiertas que el viento poco a poco derrumbó sobre el pueblo, cubriendo las calles con una espesa ceniza que las hacía parecer un paisaje de invierno. También el humo y las rocas grises que empezaron a caer sobre los techos y las vías romanas, aceleraron la llegada de un afluente inesperado que venció las edificaciones y arrolló fácilmente todo a su paso dejando el pueblo fundido al magma. No dio tiempo a recoger las cosas, rezagadas por el ardor y el azufre tras el estallido (Eyra 42).

Más que construir personajes o narrar situaciones en las que destacan o nos intrigan la acción y sus conflictos, como suele ocurrir en los cuentos tradicionales, ocurre que los textos ficcionales de esta autora destacan por el papel relevante de la naturaleza, de los ambientes a menudo convertidos en pujantes atmósferas, o bien de las intensas situaciones apremiantes e inevitables —a menudo trágicas— que vemos desatarse frente a nuestros ojos con una fluidez tan dinámica y elocuente que uno termina aceptando que difícilmente las cosas hubieran podido ser de otra manera. En otras palabras, esta destacada poeta ha resultado ser, con su primer libro de cuentos, una narradora de impresionante oficio literario.

Así, la prosa de Eyra Harbar, henchida de una sugestiva imaginación cuyas coordenadas paradójicamente se tornan realistas por la fuerza de su contundente expresividad, es de la misma estirpe literaria y humana que la de otro gran cuentista bocatoreño que nos dejó poca obra publicada y, sin embargo, mucha fuerza

expresiva: José María Sánchez (1918-1973). Un cotejo cuidadoso de la obra de ambos autores, sin duda, demostraría la existencia de vínculos conceptuales, estéticos y raizales innegables, aunque la semejanza estilística de la prosa narrativa de la segunda con la del primero probablemente no haya sido consciente. A mi juicio, si en general la escritura narrativa de José María Sánchez es expresionista, la de Eyra Harbar se da mañas para ser, al mismo tiempo, expresionista e impresionista: fenómeno lingüístico de difícil logro. Y eso sólo lo puede hacer un gran poeta.

En la presentación del libro *Cuentos completos de José María Sánchez B. y polifonía de narradores* (2018) señalé que los cuentos de Sánchez difícilmente pueden ser superados en cuanto a la fuerza de esa mezcla perfecta, estéticamente hibridizada, entre la vivencia humana y el latir de la selva, el campo y el mar, como avasallador asidero irrenunciable del hombre bocatoreño que habita sus historias. Todo esto dentro de un permanente clima de marginación social y económica en el que la fuerza telúrica del medio, así como el influjo de mitos y leyendas, de una u otra manera siempre están presentes cincelandos vidas. Pienso que Eyra Harbar es su más cercana heredera, posiblemente la única, en tanto recurre a parámetros similares de construcción semántica; pero de igual forma, debo señalar con firmeza que las narraciones de esta autora resultan absolutamente inseparables de su noción poética de la vida, sobre todo en su aspecto trágico y avasallante. En este sentido, su manejo sintáctico es más complejo y más ambicioso. Para ella, lo anecdótico, propio de casi cualquier noción de historia contada, pasa a un segundo plano en tanto privilegia más bien la vivencia misma surgida casi siempre desde fuera para luego interiorizarla sin remedio.

A excepción de un cuento de extensión mediana, como “Los remedios de Miss Harrington” (pletórico de una gran humanidad en la forma de ser e interactuar de sus personajes) y de algún otro como “Viaje prometido”, las ficciones que Eyra Harbar reúne en este libro no suelen pasar de una página, y a menudo sólo tienen un párrafo de ceñida y muy cincelada extensión. Cada palabra, cada frase, cada manera de describirnos un hecho, un entorno o un conflicto en ciernes o desarrollándose arrollador hasta alcanzar su desenlace, posee una magia poderosa que al igual que pone en

movimiento lo que a veces es estático por naturaleza, en la forma cautivante de lo expuesto hace vibrar al lector por esa su fuerza intrínseca inaudita. De hecho, podría decirse que en no pocos de estos textos, la naturaleza, el entorno, la atmósfera o los sucesos mismos, a menudo ligados a lo telúrico o a lo sobrenatural imprevisible, fungen como los verdaderos protagonistas de las historias.

Hace años que la autora escribe este tipo de ficciones, algunas de las cuales se han ido publicando esporádicamente en la revista cultural *Maga*. Pero sólo ahora que han sido reunidas, depuradas y complementadas con textos narrativos más recientes, de igual manera cincelados hasta la minucia pese a su evidente densidad conceptual, podemos apreciar el verdadero caudal del talento prosístico de su creadora.

Con los poemarios *Donde habita el escarabajo* (2002); *Espejos* (2003); *Un jardín necesario* (2012); *Paraíso quemado* (2014) y *Desertores de alborada* (2015) en su haber, en 2017 gana el primer premio en el Concurso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Esther María Osses de UDELAS y el Consejo de Escritores de Panamá con la obra *Cuentos para el planeta*, y la mención de honor del Concurso de Literatura Infantil y Juvenil Carlos Francisco Changmarín del INAC 2018 con *El verde libro de la música*. Es licenciada en Derecho y Ciencias Políticas con maestría en Género y Desarrollo.

En una entrevista publicada en el diario *Panamá América* en 2014, la periodista Rosalina Orocu Mojica le preguntó a nuestra autora qué placer se deriva de escribir poesía, a lo que respondió: “Escribir poesía es la expresión del instante que dura la eternidad, la imagen perdurable en un mundo que procura destrucción; la danza de los estados del ser, la memoria que guarda un contenido vital profundo. Este ejercicio podría calificarse, más que de placentero, como cuestionador del entorno y como angustioso por la búsqueda sin fin” (Orocu Mojica, “Entrevista...”).

Sin duda una concepción profunda y abarcadora, que de igual modo puede aplicarse a su prosa de ficción que tantos nexos de hibridación y sugerente imaginería guarda con sus poemas. Afirmo que Eyra Harbar no es una cuentista tradicional: rompe moldes, se atreve. Al relatar desde el meollo mismo del suceso, a menudo se sale por la tangente al auscultar realidades y darles un sentido. Por otra parte, no está de más insistir –vágase la delibera-

da redundancia— en que esta obra singular que la escritora bocatoreña ha titulado precisamente *No está de más*, representa, por las razones antes expuestas (y seguramente también por muchas otras que habrán de encontrar y exponer futuros reseñistas de su obra), un nuevo aporte estético importante a la literatura de ficción breve que se produce en el Panamá de los conflictivos tiempos que corren.

VIII

¿Qué decir de los 8 cuentos de Arabelle Jaramillo recogidos en una modesta publicación titulada *El loco y otros breves textos emergentes*? Lo primero que salta a la vista es su singular manera de combinar una fuerte empatía por determinados problemas propios de la condición humana en sus personajes, sin caer en la conmiseración gratuita, con una dosis de ingenio inteligentemente dosificada que en algún momento de la narración logra sorprendernos.

Un uso medido del lenguaje más apropiado a cada ocasión y, sobre todo, a cada intención, permite una fluidez impecable en las secuencias narrativas, de tal manera que se evita el peligro de caer en lo obvio o, por el contrario, en desenlaces forzados. Lo cual significa que ha habido un esforzado trabajo en el afinamiento de las tramas y en la minucia de los finales.

Por otra parte, los pocos diálogos que utiliza la autora corresponden a momentos señeros en donde justamente aquello que se dicen los personajes es lo que nos va a dar la pauta como lectores para comprender mejor la trama. Hay, pues, en estos cuentos breves una sabia malicia literaria gestada de modo sutil, la cual alimenta la forma de desarrollarse de los argumentos. Y aunque, como es lógico, cada cuento representa una modalidad particular y una determinada visión de parte de la autora, el conjunto de estas ficciones logra representar un singular estilo de crear en que, como en toda buena literatura, la imaginación y la experiencia, aunados a una depurada sensibilidad, se funden y se confunden auxiliados por un lenguaje apropiado a aquello que se narra.

En cuanto a los 6 poemas rescatados de otras publicaciones en el mismo librito, en ellos predomina el sentimiento en pugna con la razón. Si bien esta forma de componer sus versos no representa una novedad literaria, ya que la naturaleza humana suele

conducirse precisamente así, resulta evidente que romper paradigmas para descubrir el agua tibia no es algo que la autora se propusiera. Más bien podría decirse que estos poemas compuestos con sencillez, sin dar vuelta de tuerca alguna a tradicionales formas de escribir poesía, consiguen expresar emociones profundas de manera sintética contagiándonos tanto su aparente candor como el singular alcance de su encubierta densidad.

En esta primera reunión de sus textos emergentes, Arabelle Jaramillo demuestra ser mucho más que una simple promesa literaria. Sus cuentos y poemas breves, acaso sin habérselo propuesto de forma explícita, ya dejan huellas indelebles. Invito a los lectores sensibles de Panamá y México –sus dos hogares entrañables– a confirmarlo.

IX

Habría que añadir otro grupo de mujeres que han publicado cuentos interesantes en revistas o en libros colectivos, y que a mi juicio ya estarían aptas para dar a conocer una primera colección de ficciones breves; entre ellas: Kathiana Vidal, Mady Miranda de Álvarez, Doris Sánchez Vda. de Polanco, Ingrid Vargas, Nelsi Despaigne, Melissa Melinna Sánchez Salazar, Aileen B. Brown Solís, Aura Sibila Benjamín Miranda e Irasema Herrera, por mencionar sólo algunas. Ojalá se animen a hacerlo más temprano que tarde con determinación y rigor. Todavía cabría incluir en este recuento alucinante de narradoras –en el mejor sentido del término– a varias excelentes cuentistas extranjeras que en años recientes han escrito y publicado sus libros en nuestro país: Silvia Fernández-Risco y Yolanda Ríos Vda. de Moreno (mexicanas), así como Carolina Fonseca y María Pérez-Talavera (venezolanas) y Paola Schmitt (colombiana).

Hablamos, entonces, como ya se anotó, de más de 100 nuevas voces femeninas que, bien diferenciadas entre sí, apuestan por el cuento como género literario de su preferencia: un fenómeno absolutamente inusitado en época alguna en cualquiera de los pequeños países que integran el istmo centroamericano, lo cual merece un estudio amplio y, sin embargo, pormenorizado de obras y tendencias.

El sorprendente panorama completo de la producción cuentística femenina de Panamá podrá apreciarse con mayor plenitud y documentación bibliográfica cuando a fines de 2018 aparezca en Editora Géminis mi compilación *Puesta en escena*, que reúne cuentos de 35 autoras que se dan a conocer a partir de 2005 hasta 2018, y que a su vez es la continuación de otra recopilación que publiqué en la misma casa editorial en 2004: *Flor y nata: Mujeres cuentistas de Panamá*, la cual reúne cuentos de otras 37 mujeres.

Panamá, 27 de septiembre de 2018

Autoras mencionadas en este trabajo que han fallecido recientemente: Rosa María Britton (1936-2019), Isis Tejeira (1936-2020), Gloria Guardia (1940-2019) y Manuelita Alemán (seudónimo: Madelag; 1918-2015); Eudoro Silvera (1916-2010).

Fuentes de consulta

- Alzamora Candanedo, Nicolle. *Desandanzas*. Panamá: Editorial Tecnológica, 2018.
- Jaramillo Levi, Enrique. “Selección y prólogo”. *Panamá cuenta. Cuentistas del Centenario (1851-2003)*. Panamá: Editorial Norma. 2003.
- Jaramillo Levi, Enrique. “Selección y prólogo”. *Flor y nata (Mujeres cuentistas de Panamá)*. Panamá: Editorial Géminis. 2004.
- Jaramillo Levi, Enrique. “Selección y prólogo”. *Puesta en escena. Compilación de mujeres cuentistas de Panamá (2005-2018)*. Panamá: Editorial Géminis. 2018.
- Jaramillo Levi, Enrique. “Selección y prólogo”. *Minificionario. Compilación histórica selecta de minicuentos en Panamá (1967-2018)*. Panamá: Foro-taller Sagitario Ediciones. 2019.
- Jaramillo Levi, Enrique. “Selección y prólogo”. *Venir a cuento. Cuentistas emergentes de Panamá (2012-2019)*. Panamá: Foro-taller Sagitario Ediciones. 2019.
- Lewis G., Chari. *Cuentos panameños*. Panamá: Sexta versión del Premio Diplomado en Creación Literaria otorgado por la

- Universidad Tecnológica de Panamá. Miembros del Jurado: Félix Armando Quirós Tejeira, Griselda López y Yolanda Hackshaw. El fallo fue emitido el 22 de julio de 2017.
- Harbar, Eyra. *No está de más*. Panamá: Foro/Taller Sagitario Ediciones, Imprenta Pacífico S.A., 2018.
- Orocú Mojica, Rosaina. “Entrevista realizada a Eyra Harbar-Diario”. *Panamá América*. Fecha 21/9/14. <https://www.panamaamerica.com.pa/dia-d/eyra-harbar-historia-de-paraiso-quemado>